

tudio de los posibles efectos positivos de la reducción del ahorro por motivo de precaución ante la difusión de un sistema sanitario público y otros elementos de la Seguridad Social desarrollados por el régimen.

Como intentan mostrar estos ejemplos, entresacados de entre los muchos que podrían plantearse, nos encontramos ante un libro útil, polémico y sugestivo para la Historia Económica en España. Es útil al ser una síntesis interpretativa de la trayectoria histórica de la economía española durante los últimos dos siglos a la que se han incorporado el grueso de los resultados de los avances en la investigación de los últimos decenios. Es polémico por que su autor no ha evitado la explicitación, incluso contundente, de los axiomas de los que parte, articulando la estructura narrativa a partir de ellos. Y es sugestivo por cuanto la combinación de los dos rasgos anteriores determina, implícitamente en ocasiones y de manera explícita en otras, cuáles son los interrogantes a responder y cuáles las investigaciones pendientes para confirmar o rechazar las respuestas que el libro ofrece.

En un apasionado escrito, Manuel Moreno Friginals defendió que cada generación debe repensar la historia y que el punto de partida de esta labor es el presente ya que «siempre nos proyectamos del hoy al ayer, sin que ello suponga la aceptación de la historia como presente a la manera idealista de Benedetto Croce». En ese sentido, la función de este libro como punto central de referencia de la nueva reflexión realizada desde este fin de siglo, acerca de los últimos doscientos años de la historia económica es en mi opinión, y aun reconociendo otros enfoques posibles, insustituible. Y no es la menos destacable de las cualidades intelectuales de Gabriel Tortella el que haya sido él quien haya coronado con éxito esta tarea. Recuérdese que Moreno Friginals atribuía a los menos influidos por las interpretaciones tradicionales, la labor de combatir los mitos y tópicos e infundir nueva savia a las interpretaciones del pasado.

Jordi Palafox
Universitat de València
e I.V.I.E.

ANGUERA, Pere; BERAMENDI, Justo G.; FORCADELL, Carlos; GONZALEZ DE MOLINA, Manuel; ALMUIÑA, Celso; BLASCO, Ricard; DE LA GRANJA, José Luis; DE RIQUER, Borja, *Illes. Jornades de Debat. Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Reus: Edicions del Centre de Lectura, 1994, 261 pp.

El libro reseñado reúne los textos del ciclo de conferencias que, organizado por el Prof. Pere Anguera, tuvo lugar en el Centre de Lectura de Reus en mayo de 1993. Si en un principio cabría pensar que, dada la naturaleza del ciclo, los textos podrían tender a un carácter de divulgación y síntesis, más que a ofrecer perspec-

tivas innovadoras o resultados de nuevas investigaciones, el resultado es más bien una combinación de ambos estilos: junto a contribuciones que pretenden ante todo ser síntesis interpretativas, se encuentran otras que realmente quieren incidir en nuevos aspectos y enfoques. Lo que repercute en una cierta heterogeneidad —acentuada quizás por la ausencia de una introducción general— no solamente en propósitos y profundidad, sino también en ámbito cronológico: si en teoría el eje central del libro sería ahondar en los orígenes de los distintos nacionalismos peninsulares en la segunda mitad del siglo XIX, algunas de las contribuciones exceden claramente ese marco.

Abre el volumen un sugerente artículo de Pere Anguera, «Els orígens del catalanisme. Notes per a una reflexió» (pp. 13-79), en el que plantea en primer lugar la cuestión de la identificación del resurgimiento cultural-literario catalán del XIX con conciencia nacional; en segundo lugar se interroga acerca del proceso de conformación de la simbología y referentes de identidad colectiva catalana; a continuación, cuestiona las teorías existentes sobre los orígenes del catalanismo político, acabando con unas notas sobre la primera simbología del catalanismo. La primera parte del artículo, en la que el autor demuestra un exhaustivo dominio de las fuentes, es sin duda la más atractiva: el autor se interroga no sólo acerca de los orígenes político-literarios remotos del catalanismo, sino que intenta desvelar hasta qué punto existía una identidad colectiva prenatal en el conjunto de la población, basándose fundamentalmente en testimonios de contemporáneos (viajeros, publicística de la época, etc.). Anguera abre una vía innovadora, al ampliar el marco de atención desde el catalanismo hacia los referentes de identidad colectiva de la sociedad catalana en conjunto, abordando así un campo muy descuidado en la historiografía actual: la identidad nacional y el patriotismo. Igualmente interesante resulta el siguiente apartado de su artículo, referido a la elaboración de la mitología catalanista, el papel de la Historia y la permanente oscilación entre referentes catalanes y españoles (la convivencia de una dinámica de afirmación histórico-mítica catalana que no siempre era contemplada necesariamente como contradictoria con la afirmación de españolidad). Sólo a fines del XIX se producirá un cambio en los referentes patrióticos, pasando los motivos históricos catalanes a considerarse exclusivos y afirmadores de la nacionalidad catalana (y no de la española, como así fue hasta 1898, incluso en los Jocs Florals). Ello no excluía la persistencia de un fuerte sustrato de identidad catalana supralocal *prepolítica* a lo largo del XIX, con una base importante en el uso generalizado del idioma catalán. Ese difuso pero persistente sentimiento pre-político de identidad colectiva era susceptible de ser activado en una dirección distinta, como de hecho fue a fines del XIX. De ahí que Anguera pase a una cuestión ulterior: los orígenes del catalanismo político, intentando contrastar las muy extendidas, pero aún poco contrastadas empíricamente, tesis de Termes sobre el doble origen, carlista y federal, del catalanismo, y su raigambre popular. Anguera se retrotrae a principios del XIX para argumentar que el primer liberalismo era identificado en Cataluña con una recuperación de sus «libertades provinciales» (al igual que en otras zonas de España, por cierto), y por lo tanto enfatiza la tradición liberal del primer catalanismo, aportando numerosos datos al respecto y matizando así las tesis de

J.M. Fradera (*Cultura nacional en una societat dividida*, 1992) acerca del carácter de «reacción antimoderna» que revestiría el primer catalanismo cultural. Por el contrario, para Anguera el avance de la revolución liberal y la asimilación dentro de ella de un catalanismo popular serían fenómenos paralelos (lo que también es relacionable con la fuerte impronta historicista del liberalismo español).

La cuestión fundamental es: ¿Cómo se traducen políticamente esos sentimientos de identidad colectiva en una dirección determinada, cuáles son los cambios sociopolíticos que inciden en ese proceso? Aquí Anguera no ofrece quizás grandes innovaciones: constata el hecho de que, en un momento en el que la castellanización parecía avanzar, la *Renaixença* primero y el catalanismo político después consiguieron consolidarse. Durante el Sexenio Revolucionario se afirma el federalismo, que enlazaba con la primera tradición liberal al proclamar su interés en «hacer revivir en forma moderna las antiguas libertades» (cit. en p. 51), aunque señala Anguera acertadamente que el federalismo era ideológicamente una «forma de ser espanyol» (p. 53). En todo caso, el autor destaca así el mayor peso de la tradición liberal-federal del catalanismo, ya que el carlismo catalán se plantearía la cuestión «foralista» más tardíamente y con menor convencimiento que el vasco-navarro. A continuación, Anguera resume las vicisitudes de las primeras asociaciones catalanistas, basándose en parte en el reciente trabajo de J. Llorens (*La Unió Catalanista i la formació del catalanisme polític*, 1992), pero discrepando de este autor en su recurso a las listas de delegados a las Asambleas de la Unió Catalanista como verdaderamente expresivas de las bases sociales del primer catalanismo: Anguera considera que los delegados serían más bien las élites del movimiento, pero no por ello concluye que el catalanismo fuese «popular», sino que afirma que los pocos datos disponibles apuntan a un cierto «retrat elitista» de los primeros catalanistas (p. 64). A continuación, el autor aborda rápidamente cuestiones como las divergencias ideológicas dentro del primer catalanismo y la imaginativa propaganda que éste fue capaz de generar. Quizás es en esta última parte donde se echa de menos una recapitulación sintética del rico conjunto de cuestiones abordadas por el autor; asimismo, el lector se queda con una cierta impresión de final «interrumpo»: una cuestión fundamental, y planteada inicialmente, es decir, por qué surge el catalanismo propiamente político, queda sin resolver plenamente, ya que Anguera se ciñe a plantear una serie de cuestiones críticas realmente sugestivas, pero que no son suficientes para ofrecer un nuevo marco explicativo.

A continuación, Justo G. Beramendi («Breogán en Numancia: sobre los orígenes y peculiaridades del galleguismo decimonónico») presenta el resultado de anteriores investigaciones del propio autor, así como plantea acertadamente el caso gallego como un estudio de caso para comprobar la validez de algunas de las teorías más difundidas internacionalmente sobre los orígenes y naturaleza del nacionalismo. De ahí que Beramendi comience por exponer sucintamente su planteamiento metodológico, para a continuación analizar el regionalismo gallego del XIX, resumible en dos características: gran riqueza y diversidad ideológica, acompañada de un importante número de cabeceras de prensa; y debilidad organizativo-política, paralela a su escasa implantación social. En ese aspecto, el caso

gallego puede servir como un buen exponente de la insuficiencia de las teorías «primordialistas», que suponen que existe una correlación más o menos directa entre etnicidad y nacionalismo. Beramendi opta por aplicar un modelo analítico que no establezca jerarquizaciones apriorísticas, sino que las vaya estableciendo en el transcurso de la investigación, dividiendo el objeto de estudio entre el movimiento político en sí que podemos denominar nacionalismo (con sus facetas sociales, programáticas, político-ideológicas, culturales e institucionales) y los «factores condicionantes», entre los que incluye el marco político-administrativo, las condiciones socioeconómicas de Galicia, y la «etnicidad» específica del país. De la contemplación de todos estos factores surge una clara visión del galleguismo decimonónico, que aparece como un movimiento cultural e ideológicamente potente, aunque no nacionalista en sus referentes ideológicos (este salto sólo se produce en 1916/18), pero con una escasa proyección social, limitada a sectores de las clases medias profesionales e intelectuales: el eco social que encuentran las propuestas galleguistas es mínimo, exceptuando la prensa, en parte porque en un país predominantemente agrario y con una burguesía propia escasa y desarticulada, además de bastante castellanizada y de origen foráneo, poco se podía avanzar. Organizativa e ideológicamente, el galleguismo del XIX pasa por tres fases: provincialista, federal y propiamente regionalista, registrándose sin embargo interinfluencias mutuas y divisiones dentro de cada fase (p.ej., entre los regionalistas liberales de Murguía y los conservadores de Brañas, a fines de siglo).

Carlos Forcadell aborda en su contribución («La nube de Polonio. Del aragonesismo político al "nacionalismo aragonés"», 123-42) una panorámica general de la evolución del aragonesismo político, con un abierto presentismo e intención polémica (en concreto, la sarcástica crítica del autor al regionalismo aragonés actual). Forcadell resume sintéticamente el desarrollo del aragonesismo en una reacción regionalista de base agraria frente al catalanismo, apoyada y formulada por élites de origen conservador, a la que se añade, sobre todo desde la I Guerra Mundial, un republicanismo autonomista que bebe en la tradición federal y, ya en los 30, un testimonial nacionalismo aragonés que se desarrolla entre algunos círculos de emigrantes en Barcelona (Estado Aragonés). Todos ellos, sin embargo, fueron auténticos fracasos de socialización política, aunque parte de su reclamo ideológico pretenda ser recuperado hoy en día por unos sectores socialmente conservadores que sólo pretenden garantizarse un espacio de actuación política. El reseñado aliento presentista del artículo de Forcadell, sin embargo, va en detrimento de un análisis más en profundidad de algunas cuestiones que sólo son brevemente apuntadas, p.ej. cuando afirma (p. 130) que es necesario comparar los diversos regionalismos surgidos en España para investigar sus características comunes.

Algunas de esas cuestiones son abordadas también en el artículo de M. González de Molina sobre «Los orígenes del andalucismo histórico: nacionalismo o regeneracionismo» (145-69). De modo sintético y argumentado, este autor nos presenta su tesis acerca de los orígenes del andalucismo político, que relaciona en primer lugar con el relativo fracaso de la construcción del Estado nacional español a fines del XIX, y en segundo lugar con el influjo tanto del pensamiento rege-

neracionista en los círculos intelectuales liberales como del efecto imitación del nacionalismo catalán desde principios del presente siglo. Los protagonistas de ese primer regionalismo andaluz fueron ante todo unos intelectuales «que primero eran regeneracionistas y republicanos y después regionalistas» (p. 158). Síntesis de esas aportaciones será así la obra de Blas Infante, marcada por el influjo tardorromántico y herderiano que le lleva a intentar formular una teoría de la identidad andaluza basada en criterios histórico-organicistas para los que, señala González de Molina, Andalucía venía a dar muy poco juego, y que carecía de posible destinatario social: sobre todo, era incapaz de conseguir una conexión con las demandas reales de una gran parte de la población, el campesinado jornalero. De hecho, entre las demandas reales del campesinado andaluz y las soluciones que los andalucistas ofrecían (basadas en una reforma agraria técnica, con un modelo de pequeña y mediana propiedad que favoreciese la implantación del capitalismo en el campo) mediaba un abismo.

Tanto Forcadell como González de Molina señalan interesantes vías por la que será posible continuar para poder comprender un fenómeno aún poco investigado: el verdadero carácter y naturaleza político-ideológica de los *regionalismos* (diferenciándolos claramente de los nacionalismos desde el punto de vista ideológico) que surgen prácticamente en toda España desde principios del siglo XX. A ello intenta responder también Celso Almuíña tomando el caso de Castilla («El regio-nacionalismo castellano decimonónico», 173-92). Dejando al margen alguna afirmación cuando menos simplificadora («los diversos regionalismos/nacionalismos son movimientos capitaneados por las burguesías más conservadoras», p. 174), el autor nos presenta ese *regio-nacionalismo* de modo un tanto confuso, y además Almuíña se adentra por una senda siempre equívoca en términos historiográficos: intentar definir qué es «Castilla» en vez del auténtico objeto de estudio (el regionalismo castellano). Almuíña se sitúa, en sus palabras, en una «línea orteguiana-castrista» que abriría desde «una óptica castellana [...] nuevas perspectivas para el juego regional del nacionalismo español, que ya no es sinónimo a ultranza de castellano (castellanista), aunque ciertamente a Castilla se la [sic] siga reconociendo un gran papel en la construcción histórica (no ya esencialista) de España» (p. 181). El hecho que se conciba a Castilla como región nucleadora de España le parece al autor razón suficiente para concluir que no nos encontramos ante «una simple propuesta de carácter regionalista», como tampoco ante «un clásico nacionalismo (con un horizonte independizador)», sino que «para este caso tenemos que recurrir a un nuevo término, estamos ante un Regio-Nacionalismo» (p. 182). A nuestro juicio, resucitar hoy en día la discusión histórica esencialista que en su día protagonizó la Generación del 98 y más tarde Sánchez Albornoz y Américo Castro es, cuando menos, contraproducente. Tras ese excursus, Almuíña pasa a analizar lo que considera como el auténtico motor social de las escasas reivindicaciones regionalistas castellanas: la burguesía harinera y sus intereses, centrados en el proteccionismo, lo que le llevó enfrentamientos con el poder central (p.ej., con Espartero y sus medidas librecambistas en 1843, momento de movilización puntual en el que Almuíña ya ve un «punto de arranque de un “nacionalismo castellano”» [p. 186]); durante el período isabelino se irá gestando una con-

ciencia de «discriminación» de Castilla por parte del Poder central y de agravio comparativo frente a Cataluña, que tras el paréntesis del Sexenio se acentúa durante la Restauración, con eje en la reivindicación proteccionista. Ahora bien, señala Almuíña que conforme se acerca el final de siglo, y sobre todo tras la crisis del 98, la conciencia de decadencia y el miedo a una «descomposición» de España desencadena también un efecto centrípeto en Castilla, de modo que siempre se abrigarán grandes reservas frente a cualquier proyecto descentralizador.

Un cierto esencialismo también es perceptible en la contribución del recientemente fallecido Ricard Blasco sobre «Els orígens del valencianisme polític (1878-1914)» (195-217). Blasco se centra en el análisis de la *Renaixença* en el País Valenciano, llevando a cabo un recorrido a través de su evolución y sus principales protagonistas: la sociedad «Lo Rat Penat», fundada en 1878, y ya a comienzos del xx, las asociaciones cradas por disidentes de aquélla: la *Juventut Valencianista* y *València Nova*. Blasco destaca la heterogeneidad ideológica de los precursores de la *Renaixença* valenciana, sus disputas internas y el distinto valor que cada uno de ellos otorgaba al cultivo de la lengua catalana, y asimismo es de la opinión de que el origen burgués de los «próceres de la *Renaixença*» les impedía dar un salto más decidido a la agitación política. El autor resalta de hecho el cierto anticatalanismo y el españolismo ideológico de varios prohombres culturales del valencianismo —Llorente, p.ej.—, mientras otros procedían del federalismo (Llombart, p.ej.). Esas sucesivas muestras de «españolidad» de los *Jocs Florals* y de los discursos de los valencianistas bien merecerían, sin embargo, un análisis más distanciado: ¿por qué se hacía patriotismo español en valenciano? Para ello sería necesario ahondar en el alcance de las propuestas de *Lo Rat Penat*, el uso y manejo de símbolos locales, etc. Blasco, influido por un cierto historicismo nacionalista, resalta lo que le parece positivo —cualquier referencia proto-nacionalista— y desprecia lo negativo —su denuncia aquí y allá contra todo lo que suena a «regionalismo bien entendido»—; y esa perspectiva le lleva a una división implícita de los líderes de la *Renaixença* en «buenos» y «malos», siendo los segundos solamente representantes de los «interesses de la classe dominant, de mentalitat “sucursalista”» (p.205). Como resultado de ello, el autor queda a menudo en la superficie del tema: ¿cuál fue, p.ej., el peso real del federalismo, así como, más tarde, del blasquismo? Sí que acierta en señalar el punto de ruptura a partir del cual se empieza a articular, débilmente, un nacionalismo valencianista —el nacimiento de *València Nova* y de la *Juventut Valencianista*, a comienzos de siglo—, y la posterior evolución, con sucesivas divisiones, de un nacionalismo valencianista débil políticamente y dependiente de los estímulos provenientes de Cataluña.

El siguiente artículo, obra de José Luis de la Granja («Los orígenes del nacionalismo vasco», 221-44) lleva a cabo una síntesis, rigurosa y clara, de los factores que dan lugar al nacimiento del nacionalismo vasco en la década de los 90 del xix: en primer lugar, sus precursores remotos (carlismo, fuerismo), destacando Granja las obras de varios escritores de raigambre fuerista que afirmaron la peculiaridad del pueblo vasco desde el siglo xviii, así como algunos proyectos individuales de independencia del País Vasco. Granja señala como causas principa-

les o «coordenadas históricas» que contribuyen a la aparición del nacionalismo vasco tres factores: la literatura fuerista, a nivel ideológico; las guerras carlistas, a nivel político, con las aboliciones subsiguientes de los Fueros; y a nivel socio-económico, la brusca irrupción de la revolución industrial en Vizcaya, que pasa a exponer sucintamente con gran claridad. Y como antecedentes inmediatos, sitúa tanto al «fuerismo intransigente y prenatalista» posterior a 1876 (los euskaros y euskalerriacos, principalmente) como la deriva posterior del tradicionalismo vasco en sus versiones integrista y carlista. De ahí pasa el autor, finalmente, a exponer la doctrina y evolución del primer nacionalismo vasco, centrado en la figura de Sabino Arana, desde sus radicales e intransigentes formulaciones iniciales hasta su segunda etapa, más pragmática —lo que se correspondía con la integración en el PNV de sectores fueristas de la burguesía bilbaína, encabezados por Ramón de la Sota— y autonomista. Acompaña el autor su artículo con una bibliografía básica de gran utilidad para el interesado en profundizar conocimientos. Granja nos pone al día en cuanto al marco explicativo básico para el surgimiento del nacionalismo vasco que es posible elaborar en el estado presente de la historiografía sobre la cuestión, al tiempo que deja ver que aún persisten algunas fases relativamente poco investigadas monográficamente: sobre todo, el período 1876-1894, es decir, la evolución desde el fuerismo intransigente al proto-nacionalismo, y la progresiva conversión de los antiguos postulados fueristas en legitimadores ideológicos de un nacionalismo político. Esto, y sin duda el grado en el que la población vasca sintió la derrota de 1876 como una derrota colectiva, así como la difusión social de una conciencia de etnicidad más elaborada, son quizás aún factores poco conocidos.

Finalmente, Borja de Riquer expone sintéticamente las líneas generales de evolución del nacionalismo español durante la época contemporánea («Aproximació al nacionalisme espanyol contemporani», 247-61), retomando en buena parte argumentos ya avanzados por el autor en trabajos anteriores sobre la *debole nazionalizzazione* española del siglo XIX (lo que actuaría de precondition para el surgimiento de los nacionalismos periféricos a fines del mismo). Riquer aborda en este artículo una panorámica más amplia, que llega hasta el presente, sobre la evolución propiamente del nacionalismo español (aunque señale también, acertadamente, que es preciso «estudiar més el conjunt del procés històric del nacionalisme espanyol», [p.250]): un nacionalismo que, a juicio del autor, se caracteriza por su fracaso en la construcción de un Estado-Nación por parte de los liberales —que «ocuparon» más que construyeron el Estado, y que venían a dar por descontada la existencia de una Nación española sancionada por la Historia— y por su temprana división entre un nacionalismo conservador y otro democrático durante todo el XIX. A lo largo de este siglo, acabará por imponerse un nacionalismo español de carácter conservador, católico y tradicionalista (p. 252), frente al «nacionalismo de las izquierdas», disgregado a su vez en varias opciones (centralistas, federalistas, etc.). Sobre ello incidirá un débil proceso de nacionalización española durante el XIX en todas sus facetas. De este modo, el impacto del 1898 marca el punto de inflexión definitivo hacia un nacionalismo español defensivo, más amenazado por los emergentes nacionalismos periféricos que desde el exte-

rior, y caracterizado en buena parte por el problema de la «búsqueda de una identidad» renovada de España. Borja de Riquer señala así cuatro corrientes principales dentro del nacionalismo español durante el siglo XX: una tradicionalista-conservadora; un nacionalismo autoritario y uniformizador (caldo del cultivo del fascismo hispánico); un nacionalismo democrático, civilista y ligado al republicanismismo; y un nacionalismo «jacobino» propio de la izquierda obrera, que tendía a ser profundamente estatista (pp. 258-9). Tendencias que coexistieron durante este siglo, influyéndose a su vez mutuamente, con lo que el nacionalismo español llega a la Guerra Civil profundamente dividido. El Franquismo consagró el predominio de las dos primeras tendencias, mientras el españolismo demócrata-liberal y de izquierda sufrió una profunda crisis de identidad, que sólo una vez consolidada la Transición democrática parece intentar superar.

Xosé M. Núñez Seixas

BAHAMONDE, A. y MARTÍNEZ, J. A. *Historia de España. Siglo XIX*, Cátedra, Madrid, 1.994, 637 pp.

Una historia realmente integral e integrada; una síntesis sugestiva y creadora del siglo XIX español a partir de 1808, que acaba, con la coronación del proceso allí iniciado, una vez que se logra, aunque de forma frágil, la *construcción del Estado democrático* entre 1868 y 1874.

La obra emprendida por los profesores Angel Bahamonde y Jesús A. Martínez, dividida en cuatro partes y ordenada en veintinueve capítulos, repasa, ahonda en muchos casos y temas y traspasa en casi todos la habitual manera con que el siglo XIX español es recogido en los manuales. Rompe, en primer lugar, con tradiciones rutinarias; e invita a una aproximación más profunda, más vital en definitiva, al complejo proceso de la «modernidad» hispana, cuando se ha ido progresivamente separando del «modelo» europeo en el que, todavía a lo largo del siglo XVIII, lograba mantenerse.

En la primera parte, titulada *Ruptura y continuidad en la definición del Estado liberal*, que abarca desde 1808 a 1843, se trata de atender y desarrollar la crisis del Antiguo Régimen, sus idas y venidas, la dialéctica entre la *continuidad*, característica de la España plural, atrasada, antigua, religiosa y rutinaria, para insistir en las tres *rupturas* que debilitan progresivamente las viejas *continuidades*: la de la *legitimidad embrionaria* de Cádiz, capaz de institucionalizar la insurrección; la del *Trienio Liberal*, en la que ya alumbraba la tensión entre Palacio y Cortes; y la definitiva *ruptura* de 1836, que consigue alumbrar la más moderna de las Constituciones políticas, la de 1837. En medio tienen lugar eventos y procesos no menos importantes en la *lucha por la permanencia* y en *las resistencias al cambio*, bien se trate del «absolutismo monárquico» abrigado y respaldado bajo espejismos reformistas dimanantes de la Europa de la Restauración, bien de la «repre-